

NÚMERO EXTRAORDINARIO, 30 CÉNTS.



NUMERO ATRASADO, 50 CENTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid: trimestre..... Pesetas. 2,50
 Provincias: id..... 3

REVISTA TAURINA.

PRECIOS PARA LA VENTA.

Paquete de 25 números ordinarios, pesetas..... 2,50

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, Plaza del Biombo, núm. 4, Madrid.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de provincias, cuyo abono termina en fin del presente mes, se servirán renovar oportunamente la suscripción, sin cuyo requisito se suspenderá el envío de nuestra Revista.

¿Á CUAL DE LOS TRES?

El dibujo inspiradísimo que ofrecemos hoy á nuestros queridos abonados, es toda una obra de arte. Apartándose la genial inventiva de su autor, de marcadas *suertes* taurómacas que con tanta frecuencia se repiten en publicaciones de esta clase, se ha valido de un asunto que es de por sí frecuente en las peripecias que tienen efecto en el redondel.

El intencionado berrendo ha saltado la barrera, hallándose de un salto en el callejon de valla. Un alguacil, un naranjero y uno de los diestres corren presurosos á fin de librarse de sus astas; el primero guarda la postura que produce el miedo, el pobre vencedor queda frio de espanto junto al muro de la barrera; el precavido diestro, algo más tunante que los otros dos, busca con el trapo un medio de defensa en tanto que se sonríe del poco ánimo de sus compañeros de infortunio.

Estúdiense los tipos que complementan desde los tendidos el sabor artístico del cuadro, y vean los aficionados si tenemos razon en felicitar á su autor, el Sr. Lizcano, entendido colaborador de *La Ilustración Española*.

LA VUELTA DEL VENCEDOR.

(BRINDIS DE «FRASCUELO.»)

SEÑORES: Cúmpleme al levantar esta cristalina copa de *champagne*, por donde suben hasta la superficie y se precipitan hasta el fondo las inquietas burbujas del alcohol, como suben y bajan desde mi corazón hasta mi cabeza los sentimientos más encontrados de mi alma;

cúmpleme, digo, saludar en primer término al dignísimo alcalde de este mi país natal, D. Francisco Sierra, que con una hidalguía sin ejemplo me invita con mi esposa y deudos á este noble banquete de la amistad.

¡Ah, sí!... Cuando venciendo los duros trances de la amarga vida, me he hallado en situación de poner las habilidades de esta mi entusiasta profesion taurina al servicio del pueblo que me vió nacer, solícito y presuroso las he puesto; que no es buen hombre ni honesto ciudadano el que no dedica el primer impulso de su bienestar á aquellos vecinos que le vieron á uno amantarse en la desgracia, ni se reputa de alma grande al ánimo olvidadizo que menosprecia el giron de cielo que le cobijó su cuna, en el tierno balbucear de sus primeros años. (*Muestras de aprobacion.*)

Cierto, señores; yo aquí, entre vosotros, entre los dignos individuos de vuestra familia, he pasado los primeros y tristes dias de mi niñez. A la apacible sombra de estos abetos y corpulentos alisos hallé los primeros colegas en mis infantiles juegos... unos han desaparecido, otros no existen ya... ¡ah!... ¡quién pudiera decirles, que asomándome yo todas las tardes á los abismos de la muerte, tendria que venir á despertar su memoria, dándoles con mi saludo la nueva inmortalidad del cariño y del recuerdo! (*Sensacion.*)

Permitidme una ligera digresion.

¡Cuántas lágrimas saltan ahora á mis turbadas mejillas en presencia del desmantelado chozon que fué mi primer albergue! Espárciame yo allí con mis juguetones compañeros, seducido por los primores de esta naturaleza y el aliciente de mi romancesca imaginacion. Corriamos por las veredas, surcábamos los arroyos, nos perdiamos entre la fragante arboleda que verdea en estos prados, y allá, á la hora del sol poniente, cuando las melancólicas tintas del ocaso se posaban sobre las alturas de estos picos, reflejados por el Genil, era mi contento subirme á lo más enhiesto de estas montañas y allí recrearme con mi propia soledad. Y era de ver cómo me asaltaban vértigos de desesperacion y aturdimiento; cómo me oprimían de consuno la insignificancia de mi pueblo, la pobreza de mi cuna, la miseria que á todos nos envolvía; esta miseria, en fin, que amargaría en no lejano tiempo la vejez prematura de mi madre, que en sus ojos, llorosos siempre, tenían empañado espejo en qué mirarse los tristes destinos de su porvenir. (*Bravo.*)

Pero yo quise ser algo, y lo fui. Me hablaban de ese *más allá*, la cética techumbre de aquel cielo que posaba su manto de estrellas sobre la ciudad de los Reyes Católicos; el vuelo de aquellas águilas que, nacidas en estrecho nido, se remontan á las alturas de lo invisible para probar el esfuerzo poderoso de sus alas; el ruido lejano de la populosa Granada que me hablaba de héroes legendarios y de espíritus indomables, acrisolados en el valor; la prominencia de mi asiento campestre que me simbolizaba encumbrados puestos, á los cuales se llega con la voluntad, y se llega para dominar el abatimiento; la voz secreta, en fin, de mi insaciable espíritu que me hablaba de nuevos mundos de esperanza, en los cuales, vencedor yo al fin, habria de encontrar luz y descanso al vuelo de mis ambiciones, vejez descansada para la que me abrigó entre sus brazos, fortuna y nombre que ofrecer más tarde á la compañera inseparable de mi vida y madre cariñosa de mis hijos. (*Aplausos, bravos, entusiastas felicitaciones interrumpen por breves momentos al orador. Su esposa, que se halla presente, se lleva compungida el pañuelo á sus ojos.*)

Voy á concluir, señores, porque la emocion embarga mi palabra y pone levantado dique á las corrientes cariñosas de mi discurso.

Yo brindo de nuevo por el Sr. Alcalde, que nos ha proporcionado esta solemnidad, mensajera inseparable de tan cariñosos afectos; yo brindo por estas hermosas granadinas, que han prestado al banquete el adorno jamás desmentido de su proverbial belleza, y por los buenos aficionados del Genil y la digna persona del Sr. Aguirre, capitalista madrileño, que en estos momentos toma tan activa parte en la emocion de mi ánimo.

Y sépanlo, pues, mis cariñosísimos paisanos: si alguna vez la fatalidad, compañera inseparable de mi ejercicio, me hundiera para siempre en el lecho del dolor; si lo que para mí es más sentido, mi patria adoptiva, el noble pueblo de Madrid, lanzara sobre mi persona las ingraticudes con que acibaró mi vida y mi profesion en no lejano tiempo, hiriendo el amor que le tengo con tan injustificadas acciones, no sería yo el desterrado de otros dias, el proscrito lastimoso sin patria y sin hogar; que siempre tendré un rincon de tierra donde volver los ojos, aquí, en este ignorado paraiso de la vega fértil de Granada, donde suplicaría que labrasen mi sepulcro, para que me arrullaran el sueño eterno, las mismas parleras aves que corearon las frases

balbucientes de mis primeros años.—HE DICHO.
(Nuevos aplausos, bravos, abrazos y aclamaciones. El orador es felicitado por toda la concurrencia.) (1).

LA GUERRA CONTRA LOS HUMILDES.

Esta frase, esta sentencia, este despiadado aforismo, ó como quiera llamársele, tiene también su significado y su realidad en la noble lidia de los toros.

¡Hasta las reses secundan este desordenado instinto de la humanidad, en la lucha entablada contra los pequeños!

Para los que rayan en primera fila... las palmas, las ovaciones, los obsequios, las joyas, el trono tan decantado de la opulencia...

Para el modesto peon que dá comienzo á su carrera de afanes, ocupando un insignificante puesto en la lidia de las reses, para ese será siempre el olvido, la miseria, el hospital, tal vez la muerte.

«El pobre La Pasera sentirá la pérdida de la pierna que le privará ganar el sustento con que atendía á las necesidades de su familia.

»El infeliz banderillero *Minuto*, ha visto atravesada su mano por una feroz cornada que un toro le proporcionó en Algeciras.

»Honorato Martí ha bajado á la tumba, á consecuencia del topetazo que le diera *Garboso* en la corrida del 23 de Mayo último, en Valencia.»

¡¡Señores diestros, que os sentís embriagados por la Diosa Fortuna y de la suerte, no olvidéis estas desgracias. Acordaos que las familias de estos toreros humildes ven atribulado su ánimo por la miseria y la desesperación!!!

El toro no respeta á los humildes, pero el corazón del hombre generoso debe tener algo del rayo que, cuando mata en el valle, es porque ha brillado primero en las alturas.

LA VIUDA DE DON JUAN MANUEL MARTIN.

(SAN AGUSTIN DE ALCOBENDAS.)

Los toros de esta importante ganadería han cumplido perfectamente en Segovia, según nos lo comunican cartas particulares y un estimado colega de la localidad.

El segundo y sexto, sobre todo, fueron nobles, boyantes, duros y de gran poder.

En cuanto á la hermosa estampa y buena lámina de estas reses, ya nos lo tiene acostumbrados á admirar su inteligente ganadero.

¡Así, así se forman los buenos toros, para que en esta Plaza de la Corte nada tengan que envidiar las reses de la tierra á aquellas otras que ostentan su buen nombre y popularidad en las dehesas de Andalucía!

A FRANCIA... POR SAN SEBASTIAN.

No envuelve nuestra frase el son de alarma de los antiguos sajones: *Contra el rebelde... por San Forgo*. No, no es eso; es que la afición favorita nuestra, la fiesta característica de nuestro pueblo, las corridas de toros, en una palabra, van introduciéndose en la república vecina, atraídos sin duda nuestros hermanos en raza por ese lado *charmant* de que hablaba Gautier al referirse á nuestros Circos.

Mont de Marsan, Beziers, Nimes, Cauterets y otros puntos de la antigua Galia lo van claramente indicando.

Para esta *repercusion*, digámoslo así, de nuestro carácter y costumbres en suelo extraño, debe tener la afición, y con ella todos los diestros españoles, una frase de gratitud para un dignísimo empresario... para el Sr. D. José Arana, dueño de la plaza de San Sebastian.

(1) «El Domingo 3 del corriente, á eso de las doce de la mañana, salían de la puerta de la fonda de la Alameda, donde se hospeda *Frasavelo*, dos omnibus llenos de deudos y admiradores del citado diestro, y de algunas y distinguidas damas de fuera y dentro de Granada; en alegre caravana llegaron á Churriana, donde esperaban las autoridades, mayores contribuyentes y personas de distinción de aquel pueblo y otros limitrofos.

A las tres de la tarde se sirvió por orden del Sr. Alcalde D. Francisco Sierra, una espléndida comida en la que reinó la mayor cordialidad. Cuando ya se acercaba el fin de la misma, y una vez abiertas las botellas del Chamagne, se levantó á brindar en acción de gracias al anfitrión y los convidados, el notable diestro Salvador Sanchez.»

Estos apuntes, tomados de un apreciable colega de Granada, han dado motivo á nuestro artículo-brindis. Que lo que dijo el diestro no es exactamente igual á lo que estampamos nosotros en nuestras columnas, es muy cierto; pero así como el historiador no oyó los discursos de sus principales personajes, y los relata, sin embargo, en las páginas de la historia, pasando como originales y verídicos, así el escritor de costumbres dá vida á sus figuras interpretando su corazón, y exponiéndolo con la habilidad ó poco tino de su ingenio.

El diestro habló de su infancia, de sus privaciones, de su antigua miseria... El fondo, pues, es igual... Lector amado... ¿serás tan descontentadizo que pongas á la taquígrafa que copia las palabras, la inteligencia, por humilde que ésta sea, que interpreta los sentimientos?

(Nota de ALEGRÍAS.)

No hablaré de la atinada disposición de sus corridas, ni de la elección de los más célebres diestros.

El secreto de su atractivo, de lo que pudiéramos llamar *habilitosa diplomacia* para con los franceses, estriba en el refinado gusto, en la exquisita escrupulosidad, en la poderosa y genial inventiva que preside á todos sus actos como empresario de corridas de toros.

¡Yá está preparando su campaña de Agosto! Pronto aparecerán en los boulevares de París y en las principales ciudades de Francia, hermosos y ricos carteles en fragante seda que anuncian la novedad de sus corridas.

Ha procurado vencer los instintos de todo un pueblo, y lo vá consiguiendo mediante el arte.

Un notable matador de toros nos decía ayer:

«Treinta mil reales le cuesta sólo el anunciarnos... nos pone además las escrituras en blanco... así es que cuando matamos bien un toro, la mitad de las palmas son para la Empresa.»

HERMOSILLA.

Después de su largo *destierro*, vuelve el día 29 á torear en nuestro redondel el aventajado diestro Manuel Hermosilla.

Viene á la plaza halagado por los aplausos del público de provincias y por los consejos de Manuel Dominguez.

¡Sea bien venido!...

Y sin miedo, tardanzas ni desmayo, á practicar lo que ordenó el tocayo.

Las Corridas de Beneficencia.

I.

Estas corridas extraordinarias puede decirse que son tan antiguas como el Toreo. Empezaron á tener vida con la iniciativa particular de los diestros, y hoy es el Estado, mediante una de sus colectividades ú organismos, quien hace de *limosnero mayor* para llevar las utilidades desprendidas de nuestro Circo á la Caja necesidad de nuestros Hospitales.

Hemos hecho mención de la iniciativa particular, porque á los toreros célebres de lo pasado se deben estas muestras de generosísimo arranque, de desprendimiento y de valor practicados en obsequio á la desgracia.

Formaban antes los diestros, dentro de la localidad de su nacimiento, de la plaza que con más frecuencia visitaban, del punto en que radicaban todas sus simpatías, una especie de segunda familia ó pequeña patria, en la cual tenían como vinculado casi todo su cariño, fija todas las glorias de su presente y sembradas, por decirlo así, las más risueñas esperanzas de su porvenir.

Dentro de este recinto, que á veces lo constituía una localidad entera, casi siempre uno de los barrios populosos de la misma, el torero predilecto era el hijo adoptivo de aquellos entusiastas habitantes.

Se le admiraba, se le distinguía... formábasele su gran partido, y este batallador y guerrero en la plaza era el sostén de sus aplausos y el defensor constante de su reconocida valía. En sitios destinados en el redondel se formaban los grupos; ellos voceaban, gritaban como energúmenos entre la personalidad adversaria de su ídolo; se batían con las voces, quizás más tarde á cuchilladas, se formulaban serias apuestas por su dios-vencedor, y á cada suerte, á cada ligera muestra de la habilidad ó del valor de este humanizado ídolo, las palmas atronaban los espacios y los insultos al enemigo se confundían con los vítores lanzados al victorioso adalid de la pelea.

Durante toda la semana ésta era la *comidilla* constante de estos adoradores del diestro, movidos por el culto de su persona; se discutía en tabernas, se susurraba en cafés y demás sitios públicos buscando prosélitos para él agraciado como un reclutador de soldados para engrosar las filas de un ejército, y así se formaba opinión, y se extendía el renombre, y se fabricaba atmósfera... atmósfera que en fiestas y lúnes, una vez enardecida, se tornaba dentro del redondel en furiosa tormenta ó en rayo amenazador contra los bandos opuestos.

¿Cuál era entonces la recompensa de este adalid afortunado, de este diestro engreído, en favor de aquellas gentes, que todo, todo lo sacrificaban en su obsequio, la reputación, la fama, la tranquilidad, y aun en ocasiones la vida y hasta la honra misma?...

Pues el diestro de cartel era el *Dios penate*, el ángel familiar, la *Providencia humanizada* en pró de todos aquellos amigos: se adjudicaban al padre-comun los nacimientos y las defunciones; en éstas para figurar tristemente como jefe de duelo, en aquellos para ser padrino de todos los bautizos y compadre de todos los progenitores: todas las miserias, todas las desgracias acudían al salvador en-

tusiasta de aquellas humildes familias; el oro y el vino, en las grandes festividades, se esparcía y escanciaba á menudo para solemnizar los grandes acontecimientos de sus partidarios, y se improvisaban reuniones y giras y danzas alborotadoras, en las cuales el *matador* engreído, era el *Baco* mitológico del tonel, immortalizado por el pincel de Velazquez, subido como en gloriosa tribuna sobre el trono de la alegría, y allí coronado por sus deudos con las espigas del primer fruto de la tierra y las verdeantes hojas de la pomposa vid.

¡También era el consuelo de las mayores calamidades!... Cuando el dinero en las arcas se había agotado, y las necesidades á modo de mansa inundación envolvían el desfallecido espíritu de los menesterosos, allí estaba el *célebre lidiador* atendiendo una desgracia, cubriendo una necesidad, acallando el hambre, fortaleciendo con una *jara*, depositada en la rugosa mano de la vejez, el ánimo desfallecido de los dolores del momento.

Pero estas desgracias llegaban á ser generales, envolviendo, por así decirlo, toda la colectividad. El fuego había hecho presa de sus llamas una barriada de casas, dejando sin albergue á los más menesterosos; los furios de una guerra civil había dejado los campos sin labranza y destruido los aperos de la labor; el pavoroso fantasma de una inundación había asomado su temible cabeza por entre las rendijas de aquel populoso barrio, haciendo triste juguete de sus pantanosas aguas al infeliz obrero ó la viuda desvalida, y allí entonces el brazo de la caridad, el impulso generosísimo del bien había de mostrarse con más inusitado vigor. Pues hete aquí que el lidiador atamado, esa *providencia humanizada*, de que hablábamos antes, seduce á las Empresas, hace aparecer su nombre solo en los carteles, compra él por sí mismo las reses destinadas á su espada y á su valor, llama con su reclamo al numeroso público que invade las localidades del Circo, y toda aquella función de *desagravios* contra el dolor, todo aquel espectáculo en que él solo es el pagador y el héroe, destínalo en sus productos, en sus íntegras utilidades á aquel pedazo de tierra que fuera el pedestal de su gloria y que hoy es el objetivo constante de su caridad (1).

¡Las corridas de Beneficencia han nacido, pues, antes que del funcionario público, del corazón humanitario del torero!

Más tarde, cuando el espíritu de nacionalidad ha dominado sobre el de bandería ó distrito, allí ha acudido la voz solícita del Municipio ó de la provincia, para ejercer esta iniciativa por cuenta de ella propia... y las víctimas inmoladas, por una desgracia nacional, los heridos de una guerra, cuya curación y atentos cuidados exigían grandes dispendios, todo esto, en fin, que pertenecía más bien á un sentimiento generoso que á una simple desgracia particular y exclusiva, ha dispuesto el interés de las Corporaciones en pró de estos espectáculos, cuyos emolumentos tienen el carácter de aquel *fuero* mitológico, en uno de cuyos semblantes brillaba el destello de la alegría, para convertirse en rayo de luz que disipara en el otro las nubes que esparciera la desgracia.

De aquí tomaron base y asiento las llamadas *corridas de Beneficencia* entre nosotros. La Diputación de la provincia es la celosa empresaria del espectáculo, que, al terminar éste, es como para *Dánae*, lluvia de oro para el dolor. Se rompe la antigua costumbre de los seis toros y se aumenta con dos más el esplendor de la corrida; se anuncian los trajes más ricos, los adornos más pomposos y que pulsen el sentimiento de la nacionalidad; se envían del seno de las comisiones diputados inteligentes que escojan las mejores reses de las acreditadas ganaderías; se contratan y traen como á pública licitación los diestros de más sobresaliente cartel, y es un estímulo, permítansenos decir, tantas y tantas esperanzas y promesas, para que el dinero del aficionado se escancie con más facilidad en las Cajas del *Erario*, y de aquí pase á multiplicar los cuidados que exige á la comiseración pública el pobre enfermo del Hospital.

¿Se despliega en la actualidad todo el particular esmero, toda la solicitud y cuidado que fueran menester para presentar una *corrida* digna de tal misión?

Esto es ya asunto que hemos de tratar más despacio, ya que al rasguear nuestra pobre pluma sobre el papel para dar vida á este preliminar artículo; por asignar el carácter histórico de estos espectáculos, nos fué infiel por algunos instantes la Musa de la crítica.

(1) Hacemos con todo esto alusión á los actos levantados que honran la biografía de los Curro-Guillen, Juan Leon y Francisco Montes. Acuérdesse el lector del partido *cucharista* de Curro Arjona en el barrio de San Bernardo de Sevilla, frente á los entusiastas de José Redondo.

II.

(LAS TRES FECHAS.)

1868.

Corrida extraordinaria á beneficio del Hospital de Cigarreras: 9 de Julio.

El sabor especial que, como decía el otro, tiene siempre lo antiguo, la enseñanza que de su relato se desprende, y, sobre todo, la curiosidad de lo que fué, que interesa cada vez más el corazón de todo buen aficionado, nos hace ofrecer hoy á nuestros lectores queridísimos la reseña de la corrida verificada en la fecha que antes apuntamos.

Trasladados los detalles á las cuartillas de un testigo presencial de ella, despertándolas del sueño de la muerte, las hemos vuelto á enterrar en nuestra cartera para darles nueva vida hoy con la inserción en nuestro periódico. ¡Muchas gracias al inteligente y antiguo periodista D. G. mo M. au, que se ha servido proporcionarnos lo que hasta ahora fué una curiosidad, ó mejor dicho, un entretenimiento de su lápiz en aquel tiempo.

Dicen así las emborronadas notas que tenemos á la vista:

Tarde era de mucho calor, pero se lidiaban ocho Miuras, y mataban en el redondel Curro, su hijo y el joven Frascuelo... ¿Quién teme á una enfermedad cuando va á recrear sus ojos con la presencia del decano del arte?... Pues es el caso que las cuatro y cuarenta minutos serian cuando se repartieron los capotes de lino á deudos, compadres y amigos. De pelo castaño y un soberbio mozo era el primer toro, cuyo nombre no se sirvieron decirme; llegaba á los caballos con no buena intención, y seis puyazos tomó de Juaneza y otros tantos del Francés. Domingo se atrevió con un recorte, y el director de plaza, el Sr. Curro, á poco le hace meterse entre bastidores. Pablo Herraiz, que á nadie, nada tiene que envidiar, señaló un gran par de banderillas en las péndolas, después de otro mejor, y *Noteveas* llevó un puntazo en la cara al querer imitar las glorias de su compañero. Curro pasó al miureño seis veces con la izquierda, dos con la derecha, señaló dos pinchazos *arrancando*, sacó el estoque con la mano, dió una estocada atravesada, y por fin le remató de dos intentos al *descabello*.

Y ya tenemos en tanda al segundo, que era castaño, como su hermano de pila: no sé cuantas varas, creo que ninguna tomó, pero observé que *de paso* se halló cuatro veces con Juaneza y tres con el Francés, visto lo cual por el Presidente, ordenó banderillas de fuego. Domingo y el Rico se las arreglaron de mala manera, pues hubo *palo* que lució el cornúpeto en sus costillas. Currito fué el *simpático* en la fiesta, pues después de catorce pases, uno de ellos al *cambio* que le aplaudió su padre, *citó* para recibir, terminando con una *aguantando*, de mal efecto por haber cortado á la res el juego de la paletilla. (El Sr. Curro se acercaba á nosotros para decirnos «*Ya lo ven ustedes, el chico no lo ha podido remediar,*» lo cual que ese cariño paternal se lo recompensáramos con cigarrillos).

El tercero creo que se llamaba *Aleluya*; tenía muchos piés, y el joven Frascuelo se los paró con tres lances, perdiendo de una *corná* la manga de la chaquetilla; Juaneza y el Francés cumplieron á medias *sacando* al pobre animal, que á la octava caricia ya empezó á volver la cara. Mota y Sanchez pusieron tres pares como pudieron, pues medio quedó junto á la oreja del bicho y otro medio *saltó* á tierra. El joven tercer espada no hizo gran cosa con la muleta, pero sí con la espada, pues doce pases le bastaron para dar un magnífico *volapié*, que levantó al auditorio en peso.

El toro cuarto salió sin moña. A Francés le sacó una vez por los lomos y el reserva *Alejandro* (1) dió dos pinchazos. El notable Pablo puso un gran par de *frente*. Velías otro horizontal, es decir, en el suelo... y nada más. El señor Curro, con aquella sonrisita que marcaba sus triunfos, dijo á la gente *fuera*, y eso que el animal era respetuoso; con trece pases, número fatal! enmendó aquella cabeza que iba, como él más tarde decía, por el *pare de sus hijos*, y, *zds.*, de una media en las péndolas lo echó á rodar. Su hijo le ayudó en la cosecha de los tabacos.

El quinto era salpicao por las nalgas. En cuanto salió, aquello fué un pugilato de la escuela sevillana. Frascuelo le quitó la moña de *frente* y con arte; Cúchares le dió sin preparativos, una soberbia *navarra*; Currito se abrió de capa, y terminó el padre *gallegando*, parando á la res en los medios para *cogerse* de un cuerno y despertar las palmas hasta de los toreros difuntos. Un picador, de nombre Sacanelles, marró dos veces, y al caer al suelo, Cúchares vuelve á recoger el toro para llevarselo entre los pliegues del capote y emborzarse en la cabeza cuando vió que el animal le permitía estas licencias. (El veterano se tocó con el dedo índice á la sien, como diciendo, «*para esto sirve el pesqui.*») Currito despachó á *Salpicao* de un mete y saca para terminar. ¡Buena réprimenda se llevó del Sr. Curro!

El sexto era salinero, corni-delantero; en cuanto vió á los caballos se fué derecho á arremeterles, teniendo que tomar parte en la *faena* Sacanelles, Ramon y Calderon (José). En uno de los quites tuvo el joven Salvador una *colá*, que pudo dejarle sin ganas de volver á empuñar el trapo. ¡Qué modo de desafiar el toro antes de tomar los palos! Á duras penas lograron cumplir Sanchez y Mañero. Cuando el novel

espada tomó la muleta, Curro se le acercó al oído para decirle: «*¡A los pavos en jamás se acuerda uno del arte para matarlos!*» Así fué que Frascuelo se entretuvo en pocos pases para dar fin al de Miura con media estocada baja, pero derecha.

—Por fin salió algún toro negro, díjeme yo, al ver que por la puerta del toril salía á paso de carga un legítimo miureño. Hasta veinte varas se cargó el animalito, dando ocasión á nueve caídas y matando cinco caballos.

Éra de ver al Sr. Curro manejando el capote de acá para allá y regañando á los peones que no cumplían con su deber! El miedo se apoderó de los hermanos Valdemoro, que no pudieron hacer menos de seis salidas en falso para poner uno bueno *cuadrando*, en medio de dos de *salida*. El maestro de San Bernardo, que quería lucirse, se encomendó á su Virgen y á unas señoras que ocupaban el palco 37, y tras de varios pases de *primera* despachó de media estocada en los *rubios* en la suerte de arrancar. Los concurrentes le felicitaron con palmas y las señoras con un buen reloj, una gran petaca y un mazo de cigarrillos; este último obsequio fué de los caballeros que con aquellas elegantes damas ocupaban la aristocrática localidad.

—*¡Ay, Curro, si te llega á ver Redondo!* gritó uno desde los tendidos al propio tiempo que el octavo de los de la tanda pisaba ya la arena. Tres toreros salieron á quitarle la divisa; Frascuelo la dió tres tirones con peligro de que un cuerno le hubiese hecho girones á él; Pablo *amagó*, pero no dió, y Currito, aconsejado del papá, metióle al toro el capote en la cara y se llevó la divisa. ¡Buena cosecha de aplausos se llevó para su casa! Domingo dió un magnífico salto de garrocha. Entre Sacanelles y Pepillo Calderon desgarraron el morrillo de la res. El segundo y tercer espada fueron los encargados de banderillearla; cumplieron bien. Currito dió término á la corrida con dos buenos pases en *redondo*, uno cambiado y una de las de su padre, *arrancando*, después de un pinchazo en los huesos.

Padre, hijo y... Frascuelo dejaron el redondel, y nosotros nuestros asientos, no sin que antes bajáramos á la plaza para darle á Curro-Cúchares la despedida.

—*¿Qué le ha parecido á la gente forma mi faena del quinto?—me preguntó—porque si todavía creen que es tan fácil jugar con un toro como con una pelota, me meteré á titiritero.* Esta ocurrencia del Maestro fué digno remate de toda la fiesta (1).

Nuestros lectores nos estimarán que pongamos á continuación la crítica inspirada del célebre revistero que ilustró las páginas de *El Mengue*. Como en todos los trabajos de tan inteligente escritor, tienen mucho que aprender los diestros y los aficionados. Por otra parte, se trata del juicio crítico de una de las mayores glorias del arte taurómico, y la propiedad y grandeza de la crítica corren parejas con la fama y el mérito del diestro á quien iba dedicada.

Hé aquí sus principales párrafos:

«*Enojosa, por demás, es la tarea del crítico, cuando al pesar en la balanza de la imparcialidad los méritos de aquellos toreros á quienes la fama apellida grandes, se vé precisado á rebajar los grados de grandeza que les ha atribuido aun á riesgo de desvanecer las ilusiones de los que tales títulos les concedieron. Esta manifestación no reconoce otra causa que la imperiosa necesidad de volver á juzgar el toreo de Curro-Cúchares.*

Plétórico de vida propia, en la cabeza de los toros, dió margen, durante su largo período de lucha, á que plumas más autorizadas aquilatarán el mérito de su escuela.

Ésa plétora de vida propia, que nadie puede negarle, no la adquirió ciertamente Curro en los consejos del arte, sino debióla á la mucha *vista* y gran práctica que le suministrara tantos elementos de defensa, desarrollándose su inteligencia en términos que llegó á proporcionarle una seguridad, nada común en los lances críticos de la lidia.

Los padres más notables del toreo le habían enseñado con solícito cuidado, una por una, las suertes del toreo, adiestrándole teórica y prácticamente en el escalon que conduce á la grada más alta del arte; esto es, la *suerte de recibir*.

Como Cúchares, por razones que ignoramos, ha respetado siempre esta gran suerte, quizás la haya temido; circunstancia ésta que aminora su gran mérito al contemplarlo capaz de dominar con gran conocimiento todas las peripecias de la lidia.....

(1) Estas cuartillas están firmadas, no con disfrizados pseudónimos, sino con el nombre y apellido de su autor: Damos á la estampa sus iniciales. G. M. (La afición debe ya conocerle).—(Nota de la R.)

(1) Debe ser *Alejo*, y nó como dice el original. (Nota de la R.)

Al emitir el año anterior nuestro juicio sobre el toreo de Curro, lo hicimos con alguna dureza; pero hoy que tenemos á la vista la mala faena de otros toreros soberbios, y le vemos llegar casi caduco á la cabeza de un toro como el cuarto, capaz de infundir temor al torero más consumado, no podemos menos de admirarle, contemplándole *corto* en el primer pase de *tanteo*, más *corto* en el segundo, y *apoderado* por completo de la cabeza, en el tercero. Diez mil aficionados tenia Curro en el pico de su *muleta*; todos le manifestaban sus simpatías, y los más apasionados en las cuestiones de toros le dispensaban las *saragatas* que otras veces emplea con toros de menos porte. Nosotros callábamos ante la majestad de aquel peligro desvanecido, de aquella fiereza burlada, y en nuestro silencio mandábamos un saludo á Curro, y un anatema á los que pretenden revestir de barbarie este agradable espectáculo.

Respecto á Currito, no quisiéramos haberle visto intentar *recibir* un toro casi *manso*. Los alardes de valor se guardan para ocasiones como en las que se vió su padre, y es preciso no precipitar los acontecimientos hasta un extremo desfavorable. El mete y saca bajo con honores de golletazo, aun cuando el toro no hizo, no tiene disculpa en un torero que se *duerme* en los morrillos (1).

.....
Frascuelo nos ha gustado matando.

Los *desarmes* del primer toro se evitan quitando la muleta de la cara con más oportunidad. Los resabios de la mano derecha los ha desterrado de poco tiempo á esta parte. Antes hería, pero no mataba. Ahora mata. El día que iguale la mano izquierda con el valor que trae al lado de los toros, la voluntad en los quites, y otros detalles de adorno que tiene, como las divisas, etc., etc., podremos sacar un toreo. Jugando de capa, está todavía un poco tierno. Cuando el toro le arrancó la manga de la chaquetilla, consistió en querer imitar demasiado pronto á Cayetano. Poco á poco iremos sacando una cosa de provecho (2).

Los picadores, como gente joven, todos se esforzaron en dar gusto.

Los banderilleros, sobre todos, Pablo. A *Noteveas* le dió el toro un puntazo en la cara por su culpa. Al *salir* le hizo un *extraño* y una *enmienda* por dentro, y debió *pasarse* mejor que meter los brazos. Algunas veces la negra honrilla está mal entendida.

Caballos muertos, salvo error, 20.

Entrada un lleno.

Los toros... de Miura.

Si este señor tiene la bondad de decirnos cómo hace la *tienta*, entraremos en materia.

III.

SEGUNDA FECHA.

1882.

¿Os acordáis vosotros, aficionados madrileños, de la célebre corrida de Beneficencia, que tuvo lugar en nuestro redondel, la tarde del 4 de Junio del pasado año?

LA LIDIA terminaba así su entusiasta *apreciación*:

«*Los pases de Rafael á su segundo toro han sido magistralmente ejecutados... Salvador tuvo que luchar con esto y se esforzó pasando al suyo, rozando los pitones de la fiereza con su propio cuerpo. ¡No cabe ni más arte ni mayor serenidad!*

El público hubo momentos en que rayó su entusiasmo en frenesí. Con sus exclamaciones y aplausos hacia mejor que nosotros el resumen de esta noble competencia.

¡Eugartijo, decían los espectadores, superior!
¡Frascuelo, sublime!»

¿Podremos decir lo mismo de la Beneficencia de

(1) ¡Qué diferencia! En la actualidad, ni *dormido* ni *despierto* hace esa faena. ¿Por qué no seguirá haciéndose el Currito digno de tales apreciaciones? ¡¡¡ Recibir!!!... ¡¡¡ Dormirse en el morrillo de los toros!!!... ¡Quién se lo pudiera contar á nuestros lectores!—(Nota de la R.)

(2) Quince años hace que se escribió esta *apreciación*. El aficionado comprenderá lo que siempre hemos dicho: la crítica imparcial, justa, digna y seria tiene el precioso don de la profecía. Si el malogrado director de *El Mengue* viviese hoy, vería en Salvador la hermosa realización de sus pronósticos. (Nota de la R.)

1883?

CORRIDA EXTRAORDINARIA DE BENEFICENCIA

verificada en la tarde del domingo 17 de Junio, del año que indica la

TERCERA FECHA.

A las cuatro en punto de la tarde flameó el pañuelo blanco el Sr. Concejal, D. Simon Perez.

Acto seguido aparecieron las cuadrillas, precedidas de los diestros

LAGARTIJO—CURRITO—ANGEL PASTOR—GALLO.

Los caballeros alguaciles que formaban al frente, eran cinco, marcando Rivas la alineación de respeto.

La plaza se veía engalanada de los colores rojo y amarillo, con todo el aparato de una verdadera fiesta nacional.

No al son de un paso-doble, sino al compás de una marcha de ópera sería, terminaron los diestros su paseo... El público guardaba un silencio respetuoso.

Ocho toros estaban encerrados: cuatro de la ganadería de D. Antonio Hernandez (Madrid), y cuatro de Doña Teresa Nuñez de Prado (Sevilla).

Al sonido del clarín rompió plaza el

1.º *Prisionero*, de D. Antonio Hernandez: Negro zaino, bien puesto. Salió con piés y como quien quiere guerra. De tanda se hallaban en el redondel Manuel Martinez (Agujetas) y José Calderon. De uno y otro aceptó dos caricias de mala voluntad, quebrando en una el palo Martinez. (Se intenta inútilmente llevar el toro al callejón para sacarle la espina). Nueva vara del mismo y otro palo roto. Por fin el toro es encallejado en el 3, convirtiéndose todas las cuadrillas en cirujanos de la res enferma. Despues de un amago de Pepe Calderon, la Presidencia ordenó cambiar de suerte.

Gallo y Juan Molina salieron á parear. Dos pares y medio, todos al cuarteo, fueron la faena de los banderilleros.

Fresco y ceñido, vestido de azul y plata, se presentó Rafael ante la cara de *Prisionero*, abanicándole con tres en redondo, uno preparado y tres con la derecha, para tirarse á matar con una corta y atravesada. Nuevos pases para señalar media en las tablas bien dirigida. Al cabo de algun rato el toro se echó para entregarse al puntillero. (Algunos aplauden.)

2.º *Esmorricado*, de Nuñez de Prado: Negro, bragao, corni-gacho. Salió con muchos piés, intentando recortarle el Gallo en los medios, perdiendo el trapo.

Hasta diez veces llegó á acercarse á los de á caballo, cumpliendo estos como pocas veces se ve, tentando á la res á palo corto y castigando en regla. (Palmas merecidas.)

A Hipólito y Julian estaba encomendada la segunda suerte, que fué terminada, por lo mediano, con dos y medio pares de adorno.

De verde oscuro con ricos alamares de oro, apareció vestido el hijo de Curro, que con uno preparado, tres en redondo y dos naturales hizo moverse á la res entre los pliegues de su muleta, pasándose una vez sin herir y fijando un buen pinchazo en hueso y en su sitio. Despues de varios pases más, acertó á matar á la res de una buena al volapié, un poquito caída, pero derecha. (Palmas.)

3.º *Cuadrillero*, de Hernandez: Berrendo en negro, bien armado.

Con poca voluntad llegó á acercarse hasta siete veces á los picadores, que nada ofrecieron de particular.

Ojeda estuvo desgraciado, clavando á medios pares y por lo bajo; Pulguita cumplió con un par delantero.

Color de tórtola y oro era el traje de Angel Pastor, que despues de algun tiempo se presentaba en la plaza de Madrid. Nueve bonitos pases, distinguiéndose dos redondos y uno de pecho, fueron el comienzo de su trasteo. La faena de herir: un pinchazo en el sitio de la muerte, y una buena desde largo, pero por derecho, de la que el toro no se levantó. (Palmas, tabacos y sombreros.)

4.º *Maragato*, de Nuñez de Prado: negro, entrepelao, un tanto bragao. Agujetas le abrió un ojal, yéndose á los bajos; Pepe Calderon marró una vez, cayendo en el testuz, saliendo enganchado por la nalga, afortunadamente sin consecuencia. Con plausible valor se levantó el piquero, salvado de las astas, y volvió á montar para seguir con coraje su faena. Pinchó una vez y entregó el toro á Canales, que ojaló algo trasero.

El Gallo habia lanceado al de Prado con cinco verónicas, dos de ellas muy buenas.

Guerrita con Almendro salió coreado de palmas. El primero se cambió en los tercios con un gran sobresaliente. Almendro fué muy aplaudido por un notable par en los medios. El Guerra repite con medio, entrando como siempre.

El traje del Gallo era verde con oro. Con un buen cambio en la cabeza, dió principio á sus pases el diestro, revolviéndose la res y amparándola siempre sin desconfianza en los vuelos de la muleta. Seis pases en corto para que el joven matador citase á recibir, y no haciendo el toro, se tirase al volapié con una soberbia hasta la empuñadura. (Gran ovación, palmas, sombreros, etc., etc.)

5.º *Penacho*, de Nuñez de Prado: Negro, entrepelao, bien puesto.

Manuel Calderon y Badila sustituyeron á los de la primera tanda. Veneno figuraba de segundo reserva. Sin gran codicia se encomendó á los de á caballo, que le tentaron la piel en cinco ocasiones. Badila se halló una vez comprometido, cayendo al descubierto. (Al quite los matadores.)

Juan Molina, á toro parado, clavó una vez en su sitio; en el segundo par, despues de salir en falso, dejó uno abierto. Gallo acertó con uno delantero.

Prévio el saludo de la monterilla, que dejó Rafael en la arena, ayudado de su hermano trasteó el diestro al cornúpeto con cinco al natural, dos cambiados y cuatro con la derecha. Despues de esta faena, Lagartijo se tiró de veras, resultando una gran estocada al volapié. (Indiferencia... Léase la apreciación.)

6.º *Palomito*, de Hernandez: De pelo retinto, albardao, corni-veleto. Dos caballos dejó tendidos en el redondel, en cuanto se acercó á los de caballería. Un buen puyazo asestó Badila, siendo desmontado. Calderon coloca una vara, cayendo frente al testuz del bicho. (Al quite Rafael.) ¡Buen tumbo costóle á Calderon acercarse por última vez al toro! que cuando demostraba más coraje y cabeza, ondeó el pañuelo el Sr. Concejal. (Silbidos.)

Despues de un acosón, hecho por la res á Hipólito, éste, y su hermano Julian clavaron tres medios pares al relance, saliendo por los extraños del bicho, ambos tropicados.

Pases del Curro: Doce al natural y con la derecha, sufriendo un gran acosón; nuevos pases... pases...

Estocadas: Un pinchazo en lo bajo; segundo pinchazo con tendencias al pescuezo; media delantera; se enmienda el estoque desde la barrera; desarme; un gran descabello. (Silbidos.)

7.º *Media-luna*, de Prado: Cárdeno, bragao, bien puesto.

Por todas las reglas del arte, salió el toro pidiendo un capote que le lanceara, y al fin Pastor se decidió con seis verónicas y una buena navarra. (Palmas.)

Badila se le acercó una vez, castigándole en su sitio; Calderon marró frente al 3. ¡Buen puyazo en las agujas de Badila, repitiendo con otro en los bajos! En el pescuezo volvió á pinchar Calderon. El toro empezó á volver la cara, y sonó el clarín.

Pulga y Ojeda ya están junto al de Prado: El primero, algo trasero, colocó un buen par al cuarteo; con medio se fué Ojeda en las manos, y Pulga, despues de dejar uno en la atmósfera, clavó su tercero al relance.

Diez y seis pases necesitó Angel Pastor, nueve con la derecha y el resto con la izquierda, para dar un pinchazo delantero; otros tres pases para envainar el estoque, tomando el diestro el olivo... El toro estaba descompuesto y el matador más: nuevos paseos del trapo por el hocico para el segundo pinchazo. Despues... media estocada por todo lo alto buena, buena, y el toro se echó.

8.º *Tendero*, de Hernandez: Berrendo en negro, botinero, bien armao.

Una vez que se acercó á Badila, le echó á pique. (Veneno es aplaudido guasosamente por el público.) En tres ocasiones mojó la puya sin consecuencias. En la última cae al descubierto, perdonándole el toro. Tres varas tomó el berrendo además...

Y aparecieron Almendro y Guerrita: al sesgo clavó el sobresaliente un par abierto; en la misma suerte se pasó Guerrita. Uno y otro aprovechando, buscaron las palmas del auditorio. El animal se hallaba huido.

Fernando se dispone á dar fin á *Tendero*, obligándole el toro á dar vueltas por la Plaza. Tres naturales, cinco altos, dos con la derecha y uno cambiado, para un pinchazo en las tablas. Uno alto, uno con la derecha y un pinchazo bien señalado, que con ayuda de Guerrita acabó con la vida del toro. ¡Buen descabello á la primera! (Palmas.)

✱

Al empezar la corrida ocuparon el palco Régio Su Majestad y AA. RR.

Durante la lidia se paseó por entre barreras izada por el Bufolero la moña regalada por la Infanta Doña Isabel.

Las siete restantes fueron, según costumbre, donativo de algunas damas de la aristocracia.

APRECIACION.

Lagartijo: Que no dió á su primer toro el trasteo que el animal merecía, es mucha verdad; que anduvo el diestro receloso y desconfiado con la muleta en su segundo, verdad es tambien; pero que se tiró á matar de veras en uno y otro, resultando la estocada empleada en el quinto de aquellas que se aplauden siempre, cosa es que la crítica imparcial no puede poner en duda.

Verdad es que el maestro cordobés se muestra más frío, más indiferente, más apático, pero no es que quiera dormirse sobre sus laureles, sino que á ello le obliga esos desengaños prematuros que van entristeciendo su alma y apagando los bríos de su corazón.

Nosotros, que nada le perdonamos, que nada queremos perdonarle, le aplaudimos y le aplaudimos de todas veras en la muerte de su segundo toro. ¡Estocadas como esa no se han llegado á premiar con palmas, sino que en no lejano tiempo le han valido al matador algunas ovaciones!

¿Qué es esto, estimado público? ¿Vamos á hacer de la afición un despiadado juego de pasiones encontradas y pequeñas para sepultar en el polvo lo que ayer levantamos, y quemar, como aquel convicto hereje, lo que en otro tiempo fué objeto de adoración? Bueno es que nada se lisonjee, que nada se premie con excesiva complacencia, pero al mismo tiempo tambien que nada se censure y se menosprecie con tan censurable volubilidad.

Esos sesos intempestivos hielan el alma del diestro y nada dicen en favor de un público serio; esa glacial indiferencia para con Rafael, es contraste inesperado de apasionamientos de otros dias. ¿Destrozaremos en nuestras manos á *Lagartijo* como hicimos con *Salvador*?

¡Ah! entonces, cuando Rafael vuelva la espalda é imite la conducta del diestro granadino, entonces confesaréis vuestra culpa, volvereis los ojos á provincias para envidiar la suerte de los que colmará á los dos de aplausos, y nuestro Circo será el árido mercado donde se coticen todas las medianías.

Queremos que el diestro cordobés luzca, y á ello está obligado, sus envidiables facultades; pero quiere el sano juicio, anhela la razon, exige la crítica, que no se ensalce para destruir, sino que se levante para alentar; que el resplandor peligroso que áun lo chico lo engrandece, no sea, en nuestros dias, ceguera incurable, que hasta lo bueno no se reconozca.

¡Público olvidadizo!... Estás parodiando las *hazañas* que emprendistes contra el primer ídolo que derribastes. ¡Ay de tí, cuando ambos unidos se desdenen en ser adorados en tu templo!

Currito: Pase lo del segundo toro que habia tomado los resabios de un mal buey. En el primero, ayudado de esa muleta tan poderosa que castiga y separa á las reses, como quien quiere tomarse tiempo para fijarse en su nueva posición, nos ha gustado el modo de *herir*, pero nó el *de matar*.

Quisiéramos ver engendrada la suerte más sobre corto, por derecho, y, sobre todo, no vaciándose el matador antes de consumir la estocada. ¿Será posible que no admiremos ya en usted, Sr. Curro, aquellos volapiés en las mismas pendedas, que eran el orgullo de su casta? Hay que suprimir las medias estocaditas en los toros que entran, salen por su terreno, toman bien el trapo, hacen por el matador y se ayudan ellos á morir. Descuidado en los quites; ¡no es extraño!

Angel Pastor: Su nueva aparición en la plaza de Madrid, merece capítulo aparte y se lo dedicaremos en el número próximo. Bien hiriendo su primer toro; nos ha disgustado sobre manera en el segundo. En los primeros pases sereno, maestro, dueño de sí propio, con conocimiento de lo que lleva en la izquierda, y recordando las faenas de Cayetano; despues... pero ya vendrá el articulo.

Gallo: El héroe de la fiesta ha sido el último espada. Con valor y coraje nos mostró para qué sirve la muleta, parando á su primer toro en sus peligrosas acometidas. El *torerito* ha subido algunos peldaños de la escala, y puede llamársele *torero*.

¡No cabe más frescura en la cabeza, más serenidad en la ejecución y... lo que fué causa de la ovación... más acierto en el herir!... Sobre su *cite* á recibir hemos de hablar; en cuanto al magnífico volapié, de los de Roque Miranda.

El Rey arrojó un puro plateado á los piés del joven espada.

Querido Gallo:

*fué de la tarde lo mejor que vi;
venga esa mano, y á matar así.*

El ganado ha cumplido regularmente. Los toros de la tierra presentaban mejor lámina y más rozagante estampa; no han dejado de tomar varas, y culpa ha sido de los diestros si no les han hecho distinguirse más en la lidia. De los picadores Calderon y Agujetas. El primero picando de verdad; el segundo castigando... demasiado.

De los banderilleros, Guerra y Almendro. El primero ejecutó un *limpio cambio* frente á la cabeza del toro.

Varas, 56 por 8 caballos.

Tarde, entrada, Presidencia..., todo á pedir de boca para la Diputación, los pobres y

Alegrías.

